



**MALA
COMPañÍA**

SUEÑO

DE INSOMNES Y SONÁMBULOS

Atormentados desvelos y errantes durmientes pueblan nuestras intranquilas existencias exorcizadas a ritmo de somníferos y de higiénicos protocolos de sueño. Extendiendo la vigilia o prolongando el dormir, unos y otros parecen oponerse, aunque no por ello conciernen asuntos contrapuestos. Insomnes y sonámbulos son figuras muy actuales del malestar subjetivo que, al menos en algunas de sus variantes, dan cuenta de una realidad del poder que penetra en el sueño hasta esterilizarlo.

Metamorfoseado en insecto por una sociedad que desprecia su propio engendro, Gregorio Samsa -protagonista del ya mítico relato de Kafka- representa uno de esos insomnes a los que las coerciones diarias y las exigencias cotidianas, le han quitado el sueño para hacer de la vida misma otro horrible sueño. A no ser que su insomnio, sea el desesperado intento por evitar sus propios sueños devenidos la mimesis de aquella misma uniforme realidad burocrática que lo ha reducido a una sabandija existencia. En tal caso, los desvelos de Gregorio serían los sueños mediante los cuales resistir al poder que lo empuja al sonambulismo, es decir al sueño que itera una vigilia estereotipada desprovista de toda singularidad.

Es que, quizás, Gregorio es un bicho raro por no ser un sonámbulo. Uno de esos tantos zombies que, gobernados por el anónimo imperativo de una sociedad donde la carne del semejante a devenido fuente de alimento, no por casualidad son frecuentes protagonistas de celuloide. En algunas de sus formas, el sonambulismo es expresión de una vida atrapada por sueños que, no siendo sueños, prolongan las autómatas tareas que las fuerzas económicas exigen como condición del sueño del progreso. Hipnotizados por el poder que los priva de un nombre para habitar sus cuerpos, ciertos sonámbulos llevan sus ritos hasta el lugar de los ensueños para allí cumplirlos impersonal, protocolar e indiferenciadamente.

Los sueños son la *mala compañía* de nuestra insomne y sonámbula existencia cuyos malestares encuentran la más decidida presencia entre los numerosos y versátiles talantes de Morfeo. A ellos dedicamos este número que, recogiendo una parte del trabajo de la línea de Salud (mental) y Corporalidad del Laboratorio Transdisciplinar en Prácticas Sociales y Subjetividad, intenta rescatar la dimensión social y política de la producción onírica. Así, incluimos la valiosa contribución de nuestros colaboradores extranjeros, Laurent Jeanpierre y Damiende Blic (Francia), donde exploran los caminos y los obstáculos para un original uso de los sueños en tanto material pertinente para el estudio de las relaciones de poder. Otra interesante columna aborda la manera en que ciertas ensoñaciones compartidas revelan aspiraciones insatisfechas en las cuales se expresan atávicas condiciones sociopolíticas aún bien presentes en la sociedad chilena. También integramos una breve reflexión que, realizada por Andrés Menard del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile, examina la condición política del *pewma* entre los mapuche. Concluimos este número, con el sugerente relato del sueño de una mujer mapuche, hospitalizada en el Instituto Psiquiátrico de Santiago en el período de la dictadura, realizado por el Historiador César Leyton; además del humor gráfico del ilustrador Andrés Rodríguez. Les agradecemos, por supuesto, a todos ellos, así como a El Desconcierto por su sostenido apoyo y colaboración.

LaPSoS, Santiago, abril de 2013

Portada:
El sueño de la razón produce monstruos
Fragmento de la serie *El origen del prejuicio*

EL SUEÑO:

¿UN MATERIAL POLÍTICO?

Todo indica que el sueño bien puede constituir un revelador de las relaciones de poder. Ello parece ser una evidencia que se desprende casi automáticamente del descubrimiento freudiano. La “onirocrítica” desarrollada por el psicoanálisis demuestra como, en la construcción de toda subjetividad, participa una economía singular del poder que, forjada en el interior del espacio familiar –y cuya matriz es el complejo de Edipo–, es luego reeditada y, entonces, desplazada hacia otras esferas de la vida adolescente y adulta. En tal sentido, la antropología de Freud subraya la manera en que la socialización de los individuos, su ingreso a la “civilización” (*Kultur*), depende del ejercicio del poder implicado en la represión de las pulsiones, las cuales se dejan leer aunque sea negativamente en el sueño. Pero, pese a estas contundentes afirmaciones, en realidad resulta bastante difícil comprender el poder y, más aún, la política por medio de la sola recolección de sueños. De hecho, aquellos pocos investigadores que lo han intentado después de Freud –y a veces contra él– no siempre han podido ir mucho más lejos en esta dirección.

OBSTÁCULOS EN LA LECTURA POLÍTICA DE LOS SUEÑOS

En efecto, dos interpretaciones polares han bordeado la estrecha vía capaz de sostener, en el avenir, al sueño como vector de una nueva forma de análisis político. La primera de ellas concibe la vida onírica como espacio natural de licencia y de libre asociación, escapando por esencia al poder y a lo que el teórico crítico alemán Herbert Marcuse llamaba el “carácter reaccionario del superyó”. En este espíritu, los sueños recolectados en Francia por el sociólogo Jean Duvignaud y sus colegas en *El banco de los sueños* manifiestan, en su opinión, una protesta contra el orden burocrático y tecnológico, constituyendo un reino autónomo y liberado de toda preocupación utilitaria, como lugar de despliegue de una actividad sin reglas. Por el contrario, la segunda orientación de lectura política de los sueños imagina al inconsciente como un producto de relaciones de poder que atraviesan al individuo cuyos sueños portan irremediablemente la huella, al modo del colonizado descrito por FrantzFanon que lleva hasta su vida nocturna el yugo del Estado colonial. Por un lado, se excluye al sueño de todo poder; por el otro lado, el sueño no es más que el relevo de la dominación. Pero, si como lo propone pensar la sociología de los sueños cuando, en palabras de Maurice Halbwachs, sostiene “que, al menos, una parte de la vida social subsiste en la vida del sueño”, resulta imprescindible precisar cuál parte de la vida social allí persistiría y cuál sería el particular lugar ocupado en ella por la organización y la vida política de la sociedad.

Para ello, ¿sería necesario interesarse ante todo por los sueños cuyo contenido político resulta explícito? Las ensoñaciones nocturnas que, realizadas por testigos del ascenso del poder nazi, fueron recolectadas por Charlotte Berardt a comienzo de los años treinta, prueban sin ninguna duda el interés de tal empresa. Las apariciones repetidas de Hitler o de dignatarios nazis en los sueños, así como la recurrencia de situaciones en las que el soñante es acosado o espionado, dan cuenta del terror generado por el nazismo en el poder, de la vulnerabilidad sentida por los individuos y, de modo más general, del impacto del nuevo régimen sobre los psiquismos. Pero, por cuanto dicho trabajo deriva de una situación históricamente excepcional, los resultados de Berardt no sabrían ser fácilmente

generalizados. Restringirse, en momentos más ordinarios y en ausencia de ruptura histórica fuerte, a contenidos políticos explícitos en los sueños sería arriesgarse incluso a poner únicamente en escena a personalidades políticas, con la carga que en virtud de las asociaciones libres les acuerda cada inconsciente, más que revelar estructuras o mecanismos de poder. Si los sueños se encuentran en posición de devenir una nueva fuente de comprensión política, es bajo la condición de interesarse en todos sus contenidos sin exclusividad, sean estos manifiestos o, sobre todo, latentes.

LA VARIACIÓN POLÍTICA DE LOS SUEÑOS

Por lo demás, los sueños no representan un trabajo psíquico simplemente individual, sino que una actividad en la que la organización social interviene. La antropología demuestra que los materiales oníricos, al igual que las maneras de hacerlos intervenir, dependen de las sociedades. Frecuentemente, en las tribus indígenas de América, el padre soñado puede ser un emperador, un ancestro, un sol o un tótem. Tanto el contenido como el género de los sueños, varían también en función de la densidad social que rodea al individuo. “La obligación social, el control de la comunicación –indicaba Roger Bastide–, son tanto más fuertes cuando el medio es más pequeño, más cerrado sobre sí mismo; en una aldea, por ejemplo, o en un pueblo lo es más que en una inmensa metrópolis. En consecuencia, en estos pequeños centros, las tendencias sexuales que son más ásperamente reprimidas por una opinión puntillosa y celosa, borbotean en los abismos de lo inconsciente y, en parte, se liberan durante el sueño”. Así, no solamente el modelo freudiano podría ser complejizado en función de los medios sociales, sino que la atención a las formas de censura ejercidas en el sueño podrían llegar a constituirse en indicadores del nivel de control social sufrido por los individuos. Un estudio sobre los sueños y el poder, entonces, podría observar como las formas políticas de coerción y las formas psíquicas de censura se corresponden y varían en el espacio y en el tiempo.

Es, de hecho, lo que sugiere la obra de Norbert Elias cuando muestra que la constitución del Estado, como monopolización progresiva de la violencia física legítima, se acompañó también por una transformación de la economía psíquica de los individuos en el sentido de una autocoherencia acrecentada de las emociones y de las pulsiones. Comparar sueños recolectados en diferentes momentos de la historia o recogidos en distintas configuraciones políticas –con una presencia más o menos fuerte del Estado, con grados diversos de autoritarismo, etc.–, cosa que el sociólogo alemán no hizo, abriría quizás nuevas perspectivas acerca del poder, sobre los actos de las instituciones políticas y respecto de los mecanismos de interiorización de la obligación. Tal investigación podría, ante todo, distinguir mejor de lo que Freud no lo hizo, dominación y autorepresión, además de comprender como ellas se conjugan. Resta, no obstante, un último obstáculo, y no el menor de todos: el método para leer los sueños desde este punto de vista aún no ha sido formalizado.

Damien de Blic - Laurent Jeanpierre

Damien de Blic y Laurent Jeanpierre enseñan sociología política en la Universidad Paris 8—St-Denis (Francia), además de ser investigadores colaboradores de LaPoS.

EL SUEÑO:

¿UN MATERIAL POLÍTICO?

CHILE:

SUEÑOS DIURNOS, MALESTARES COLECTIVOS

EL SUEÑO: ¿UN MATERIAL POLÍTICO?

Todo indica que el sueño bien puede constituir un revelador de las relaciones de poder. Ello parece ser una evidencia que se desprende casi automáticamente del descubrimiento freudiano. La “onirocrítica” desarrollada por el psicoanálisis demuestra como, en la construcción de toda subjetividad, participa una economía singular del poder que, forjada en el interior del espacio familiar –y cuya matriz es el complejo de Edipo–, es luego reeditada y, entonces, desplazada hacia otras esferas de la vida adolescente y adulta. En tal sentido, la antropología de Freud subraya la manera en que la socialización de los individuos, su ingreso a la “civilización” (*Kultur*), depende del ejercicio del poder implicado en la represión de las pulsiones, las cuales se dejan leer aunque sea negativamente en el sueño. Pero, pese a estas contundentes afirmaciones, en realidad resulta bastante difícil comprender el poder y, más aún, la política por medio de la sola recolección de sueños. De hecho, aquellos pocos investigadores que lo han intentado después de Freud –y a veces contra él– no siempre han podido ir mucho más lejos en esta dirección.

Todo indica que el sueño bien puede constituir un revelador de las relaciones de poder. Ello parece ser una evidencia que se desprende casi automáticamente del descubrimiento freudiano. La “onirocrítica” desarrollada por el psicoanálisis demuestra como, en la construcción de toda subjetividad, participa una economía singular del poder que, forjada en el interior del espacio familiar –y cuya matriz es el complejo de Edipo–, es luego reeditada y, entonces, desplazada hacia otras esferas de la vida adolescente y adulta. En tal sentido, la antropología de Freud subraya la manera en que la socialización de los individuos, su ingreso a la “civilización” (*Kultur*), depende del ejercicio del poder implicado en la represión de las pulsiones, las cuales se dejan leer aunque sea negativamente en el sueño. Pero, pese a estas contundentes afirmaciones, en realidad resulta bastante difícil comprender el poder y, más aún, la política por medio de la sola recolección de sueños. De hecho, aquellos pocos investigadores que lo han intentado después de Freud –y a veces contra él– no siempre han podido ir mucho más lejos en esta dirección.

LA VARIACIÓN POLÍTICA DE LOS SUEÑOS

Por lo demás, los sueños no representan un trabajo psíquico simplemente individual, sino que una actividad en la que la organización social interviene. La antropología demuestra que los materiales oníricos, al igual que las maneras de hacerlos intervenir, dependen de las sociedades. Frecuentemente, en las tribus indígenas de América, el padre soñado puede ser un emperador, un ancestro, un sol o un tótem. Tanto el contenido como el género de los sueños, varían también en función de la densidad social que rodea al individuo. “La obligación social, el control de la comunicación –indicaba Roger Bastide–, son tanto más fuertes cuando el medio es más pequeño, más cerrado sobre sí mismo; en una aldea, por ejemplo, o en un pueblo lo es más que en una inmensa metrópolis. En consecuencia, en estos pequeños centros, las tendencias sexuales que son más ásperamente reprimidas por una opinión puntillosa y celosa, borbotean en los abismos de lo inconsciente y, en parte, se liberan durante el sueño”. Así, no solamente el modelo freudiano podría ser complejizado en función de los medios sociales, sino que la atención a las formas de censura ejercidas en el sueño podrían llegar a constituirse en indicadores del nivel de control social sufrido por los individuos. Un estudio sobre los sueños y el poder, entonces, podría observar como las formas políticas de coerción y las formas psíquicas de censura se corresponden y varían en el espacio y en el tiempo.

¡CHAO JEFE!

La propaganda televisiva es bien conocida. Un trabajador envía un mensaje electrónico a su jefe: ino llegué, me fui, nada quiero saber de sus exigencias! Frase célebre que da cuenta de la explotación y del maltrato laboral, resueltos mediante el toque de la fortuna. Hay un pozo millonario a la espera, es sólo cuestión de un tiro de dados para que, en la radical inexistencia de medios para hacerle frente, se ponga fin al pertinaz abuso laboral sufrido con su cortejo de bajos salarios, condiciones precarizadas, jornadas extenuantes, faltas de reconocimiento y alienaciones varias. En este sentido, *iChao jefe!* es un informulado “¡basta, esto es inaceptable!”, pero al mismo tiempo un irreflexivo “sólo es posible para el que tiene (por azar) el dinero para hacerlo”.

PORQUE TÚ LO VALES.

Toda época conserva y produce un ideal de belleza que en nuestros tiempos coincide con particulares obligaciones de vigor, forma y salud alineadas bajo un mandato hecho a la medida del mercado neoliberal, donde la medicina y la industria farmacéutica prometen hacer lo que el dios cristiano no hizo en el sexto día con un poco de barro. El emblema publicitario “Porque tú lo vales” hace eco de una época que pretende dominar y administrar el tiempo de la vida y el destino de la muerte. No es tanto la juventud como la invención de un modelaje del cuerpo que se ambiciona bajo los cánones dominantes y la promesa del bienestar, ocultando el cansancio y el desgaste de cuerpos sometidos a siempre crecientes demandas de productividad. Proliferación de cuerpos soft, ejercicios científicamente certificados, píldoras milagrosas, intervenciones ortopédicas, procedimientos quirúrgicos: la medicalización de la existencia representan una nueva resurrección de la carne donde el cuerpo es sometido al modelo para mejor apaciguar las quejas del espíritu.

MIS HIJOS LOGRARÁN LO QUE YO NO HE LOGRADO.

“Si usted se esfuerza, logrará cosas importantes en la vida” es una fórmula “meritocrática” que en nada se condice con las contundentes cifras de desigualdad y con la brecha cada vez más intensa entre ricos y pobres en Chile. Ella ha alimentado un frecuente sueño diurno que, bajo el texto “mis hijos lograrán más de lo que he logrado”, entiende el sacrificio de la generación actual como el porvenir de la generación futura que, por intermedio de la educación (en general, pero universitaria en particular), superaría la clausura de un presente liquidado. Novela cotidiana que, absorbida por el neoliberal mercado de las universidades privadas, reformuló el ascenso social para hacerlo depender del emprendimiento individual y ofertar el saber, desvinculado de su función social, como un bien de consumo cuya

rentabilidad futura capitalizaría la inversión actual. Resultado: numerosas familias hicieron (y siguen haciendo) insospechados sacrificios para que sus hijos e hijas entraran a esas rentables empresas, sucumbiendo en el infierno del endeudamiento sin que nada garantice que los diplomas obtenidos lleguen a tener las rentabilidades prometidas.

EL AMOR NO TIENE PRECIO, NI CONDICIÓN SOCIAL.

El argumento lo conocemos desde que hay diferencia de clase: el amor no respeta ni edad ni origen social. Es la viejísima historia de la cenicienta y lo encontramos en último culebrón “Dama y obrero”, cuyo final sostiene el ensueño de tantos chilenos que, vicariamente, ha sufrido y gozado con los íres y venires del amor entre la bella y la bestia. Habiéndose encontrado en un lugar (aparentemente) inmune a las desigualdades donde ninguno de sus cuerpos portaba las respectivas marcas de clase, la improbable pareja se reencuentra en el espacio mismo de la producción de la diferencia social, aunque esta sólo sea la implicada por la división del trabajo. No obstante, el amor es más fuerte y los enamorados realizan contra todo pronóstico la promesa de un “hasta que la muerte nos separe”. Frente al televisor generosas lágrimas celebran el triunfo del amor romántico por sobre las diferencias de clase: ¡Todos somos iguales! Pero, más allá de las ficticias o reales historias de alcoba clandestina, en el Chile de hoy (aún) hay muy poco lugar para la relación oficial entre una dama y un obrero. El aplastante clasismo de nuestra sociedad hace que los atributos de apellido y fenotipo, en tanto marcas de nuestra pertenencia social, continúan delimitando los intercambios amorosos aprobados y los que no lo son.

EL MALESTAR DE UN PUEBLO

El lector podrá encontrar tantos otros ensueños nacionales: “Chile, todos unidos”, “La roja al mundial”, “La reconciliación nacional”... Todos ellos no sólo dan cuenta de las punzantes condiciones sociales que, ancladas en singulares arreglos del poder, determinan los malestares subjetivos en ellos imaginariamente remediados. También estos mismos remedios ensoñados expresan “soluciones” que, en muchos casos, son la prolongación de las mismas condiciones que sostienen aquellos malestares, procediendo al modo del actual gobierno de España: frente a la crisis neoliberal, entonces más neoliberalismo. No pocas veces la infelicidad parece usarse como coartada para ofertar formas de felicidad en las que se conservan intactos los dispositivos responsables de la producción de la primera. En todo caso, si queremos saber algo de la infelicidad que nos embarga y de la felicidad que nos gobierna, no parece inútil prestar oídos a estos sueños diurnos populares, como tampoco parece serlo escuchar sueños nocturnos más singulares.

EL PEWMA

Consabida es la centralidad del sueño o *pewma* en el espacio mapuche. Si hablamos de espacio, y no de cultura, es porque creemos que, desde el *pewma*, lo mapuche aparece más como un efecto de esta centralidad que como su condición. Pues, si el *pewma* es importante, no lo es tanto por un decreto religioso-espiritual, como por una condición política –y hasta estratégica– que indica unas formas “mapuche” de soñar y, sobre todo, de tomar decisiones. Es que el *pewma*, lejos de remitir al plano de lo íntimo y lo personal, se vuelve importante en la medida que es capaz de operar en un espacio eminentemente público y político. En esto se acerca a toda aquella serie de prácticas y fenómenos donde la decisión mapuche ha sabido interrumpir el tan moderno (y a su manera supersticioso) supuesto de una individualidad autónoma y soberana, recurriendo a la aleatoria exterioridad de un heterónimo: el resultado de un partido de chueca (como aquel que salvó la vida del obispo Marán en 1793), el canto de un pájaro, la posición en que queda la gallina tras las convulsiones del sacrificio o, por supuesto, los sueños...

Nuevamente, más que a una estructura cognitiva, una cosmovisión o una cultura, creemos que esta forma de la decisión remite a una práctica y a una estrategia políticas, vinculadas a una sociedad constituida fuera y en contrapunto con el modelo estatal y soberano: a falta de Leviatán, buenos son los augurios y los sueños. Un poco como la ilusión de igualdad que, según Platón, produce entre los hombre la impersonalidad de las leyes escritas.

Esto explica que los mapuche hayan contado con *pewmafe* o soñadores, especialistas en el arte de soñar –lo cual no es lo mismo que expertos en el desciframiento de sueños. Sujetos dotados de una especial sensibilidad onírica y, por supuesto, de ciertas experticias como la de saber, en todo momento, donde se encuentran los puntos cardinales dentro del sueño. Pero lo notable es que, si bien los sueños pueden ser interpretados en un sentido predictivo, el valor de la predicción finalmente ocurre en dos momentos: o bien *a posteriori*, cuando los hechos iluminan retrospectivamente el sueño; o bien, en el momento político de discusión, negociación y toma de decisiones. En esos contextos, aparece claramente la función política y argumental del *pewma*. Es como si el sueño poseyera el valor que, en cierta jerga académica, se le da a las citas y las referencias bibliográficas. Se trata de un recurso de autoridad. En tal sentido, así como el *pewma* remite a la autoridad de un espacio ancestral poblado de caciques y chamanes fallecidos, así también para el discurso universitario la autoridad remite a un espacio análogo habitado por los grandes caciques y chamanes de la academia.

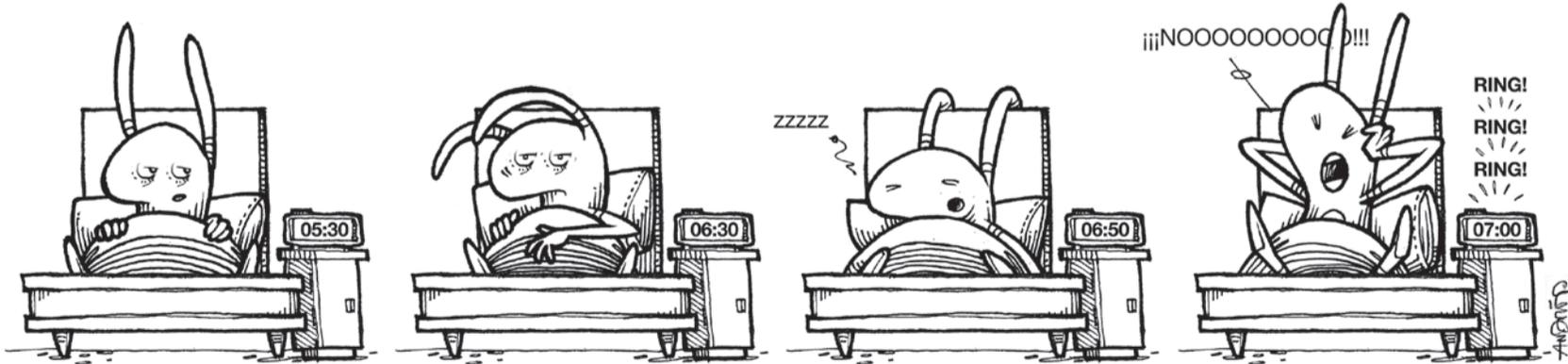
SUEÑOS AMERICANOS

A fines de la década de los 80, en el crepúsculo de la dictadura, un grupo de estudiantes alemanes de psicología social realizó en nuestro país un estudio sobre las condiciones sociales de la salud mental del pueblo mapuche. Dirigidos por un profesor chileno exiliado en ese país, descubrieron un caso excepcional que, provocando tanto asombro como tristeza y reflexión, giraba en torno a la violencia social de aquella época. Desde el Hospital Psiquiátrico de Santiago, desenterraron la historia de una inmigrante mapuche que trabajaba como empleada doméstica en la capital. La encontraron en una cama del recinto con un cuadro alucinatorio producto de la enfermedad psíquica que sufría. La descripción realizada por los estudiantes, señala que la mujer se veía a sí misma, tendida en una de las camas del hospital, mientras que junto a ella –a un costado del lecho– se encontraba sentado un superhéroe, el cual podría haber sido superman o cualquier otro de la Marvel Comics. En el costado opuesto, estaba recostado y con sus muñones ensangrentados Galvarino: el héroe indígena que, recordado por la historia como un mártir de la guerra contra los españoles, fue ejemplarmente castigado con el cercenamiento de ambas manos para intimidar la resistencia indígena al dominio del imperio. De esta manera, el sueño de la mujer revelaba –en sus imágenes– la temible oscuridad de aquel período convocado en superposición con los horrores de la Conquista. Finalmente, lo más grotesco de la situación era que, como diagnóstico clínico, la mujer habría padecido una enfermedad llamada psicosis onírica: enfermedad inexistente en cualquier manual de psiquiatría o etnopsiquiatría de la época.



con sentido y común

wake up, hermano!



<http://www.consentidoycomun.blogspot.com/>

LaPSoS

Laboratorio
Transdisciplinar
en Prácticas
Sociales y
Subjetividad

Mala Compañía es una publicación de
LaPSoS realizada para el Desconcierto

Comité Editorial: Roberto Aceituno,
Alberto Mayol, Rodrigo Zúñiga, Esteban
Radiszcz, Danilo Sanhueza, René
Valenzuela.

Dirección de Arte y Diseño:
Magdalena Domínguez

Imagen Portada & Interior: René Valenzuela
Con sentido y común: Andrés Rodríguez

LaPSoS es un núcleo de investigación financiado por la Iniciativa Bicentenario Juan Gomez Millas de la Universidad de Chile.

Director: Roberto Aceituno / **Director Alterno:** Rodrigo Baño / **Investigadores Principales:** Manuel Canales, Alberto Mayol, Esteban Radiszcz, Francisco Sanfuentes, Rodrigo Zúñiga / **Investigadores Asociados:** Svenka Arensburg, Pablo Cabrera, Alejandro Gomez, Pepe Guzmán, Luis Henriquez, César Leyton, Luis Montes, Matías Sanfuentes, René Valenzuela / **Ayudantes de investigación:** Gabriel Abarca, Carla Azocar, Danilo Sanhueza / **Colaboradores asistentes:** Patricio Contreras, Ximena Montero, Roberto Requena, Paula Riquelme / **Tesistas:** Marianella Abarzúa, Javiera Araya, Carla Brega, Nadinne Canto, Rossana Cervellino, Paulina Chávez, Cristián Echeverría, Alvaro Jimenez, Valentina Olivares, Tania Orellana, Helga Peralta, Loredana Polanco, Rodolfo Vasquez.